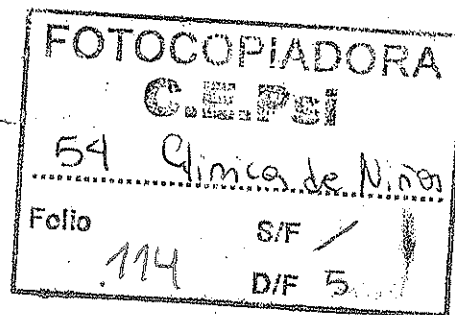


rantice nuestra pertenencia a lo que de un modo tal vez un tanto anacrónico para las circunstancias pero válido a lo largo de la historia, seguimos considerando como del orden de la ética que nos sostiene en el respeto por la condición humana.

BLEICHMAR

LA SUBJETIVIDAD EN MOISÉS CAP 7, 10



¹ Es curioso este asesinato atribuido a quien tuviera a cargo dar la ley de Dios al pueblo judío. Una vez más, parecería que es imposible otorgar la ley sin haber pasado uno mismo por el pecado, aún cuando esta ley sea posterior al mismo, ya que Moisés puede ser enjuiciado por la ley egipcia sin que exista aún la prohibición divina.

² Curiosamente surgen voces del ambiente psicoanalítico que plantean que la delincuencia infantil es efecto de la ausencia de padre apelando nuevamente al viejo argumento de la desintegración familiar como origen de todos los males infantiles, dejando de lado que esta ausencia misma es efecto de la descomposición de la sociedad argentina, y eludiendo el hecho de que lo que sobra en las villas y sectores marginales son policías corruptos que ejercen su autoridad y operan allí como padres tiránicos que organizan grupos de niños que son aniquilados diariamente desde el punto de vista civil y biológico.

³ Esto permite comprender por qué la ley debe ser profundamente severa con quienes debiendo ejercer la función de maestros, guías o protectores morales o físicos de los niños, hacen usufructo de ella al servicio de su propio placer. Pero no deja, por otra parte, de marcar que las relaciones de asimetría implican una responsabilidad y una obligación para los poderosos, y que su no asunción es del orden de la inmoralidad aun cuando se escude en el Derecho Internacional o Civil de un país.

TIEMPOS DIFÍCILES

LA IDENTIFICACIÓN EN LA ADOLESCENCIA *

Qué resta de la adolescencia como período en el cual ya han culminado las tareas de la infancia y se abre un intervalo hacia la adultez, constituye un interrogante no sólo retórico o de interés sociológico. La posibilidad de esbozar una respuesta se abre hacia la exploración de las condiciones con las cuales abordar la problemática de la identidad y de la perspectiva futura en esta sociedad que no sólo se despliega hoy ante nosotros sino que nos envuelve y nos atraviesa, en razón de que la dureza de los tiempos no ofrece la calma necesaria para que nuestra distancia los capture desde afuera, sin que ello implique, necesariamente, que la objetividad se pierda por este atravesamiento. Y me atrevería incluso a decir que, en tiempos de estertor histórico, cuando grandes sufrimientos atrapan la cotidianidad de los actores, no es posible objetividad sin implicación, y el entomólogo psicoanalítico o social corre el riesgo de perderse en su especulación si la distancia que genera respecto al objeto es de tal tipo que la realidad se torne borrosa.

En razón de ello es que no hablaré del estallido de la perspectiva identificante de la adolescencia en Samoa, ni tampoco en París o Nueva York, no aludiré a ningún tipo de globalización que declame de manera abstracta sobre la sociedad arrojada a la era del vacío, sino que me abocaré simplemente a entrelazar algunas categorías generales respecto al concepto de identificación y a la noción de adolescencia, con los efectos que las condiciones históricas de esta región del mundo imponen para su constitución.

Conocemos la adolescencia como categoría que alude, desde el

* "Tiempos difíciles. La identificación en la adolescencia", Bleichmar, S., revista *Enunciadas*, UBA, Año 2, Nº 15, Buenos Aires, Enero de 2002.

punto de vista del proceso de constitución psíquica, al tiempo en el cual se despliegan los modos de definición que llevan a la asunción más o menos estable de la identidad sexual y a la recomposición de las formas de la identificación, las cuales se desanudan de aquellas propuestas originarias que marcaron las líneas que articulan las relaciones constitutivas enlazadas a los adultos significativos de la primera infancia -que cada vez más debemos ser cuidadosos de no diluir en la de progenitores- para abrirse a modelos intergeneracionales o de recomposición de los ideales en un proceso simbólico más desencarnado de los vínculos primarios.

Desde esta perspectiva, la adolescencia es un tiempo abierto a la resignificación y a la producción de dos tipos de procesos de recomposición psíquica: aquellos que determinan los modos de concreción de las tareas vinculadas a la sexualidad, por una parte, y los que remiten a la desconstrucción de las propuestas originarias y a la reformulación de ideales que luego encontrarán destino en la juventud temprana y en la adultez definitiva.

Respecto a las tareas vinculadas a la sexualidad, es indudable que hay cambios, y que la dirección no se avizora aún si bien algunas transformaciones son evidentes. Por una parte -me limitaré a Occidente y a aquellos sectores que atravesaron la modernidad- han cambiado las pautas de iniciación sexual. Al eclipsarse la reificación de la virginidad, mientras las niñas se encaminan alegremente a sus primeras relaciones, que consideran un rito iniciático de la femineidad, los varones se confrontan a la exigencia de masculinidad y potencia, lo cual transforma esta iniciación en un examen que garantiza a través del desempeño sus posibilidades futuras y corrobora la identidad.

Habiendo dejado la familia de ser el lugar de impartición privilegiado de información en razón de que los medios han tomado a su cargo esta función, y habiendo quedado el semejante en función de mediador y metabolizador de información y ya no como fuente de proveniencia de la misma, los modelos identificatorios de la sexualidad no circulan alrededor de las figuras del entorno inmediato sino de personajes virtuales que han devenido familiares, al punto de que su destino y modos de operar forman parte del entretejido cotidiano y se convierten en opciones de cotejo intra-generacional.

La identificación sexuada a la generación anterior estalla, y a diferencia de lo que ocurrió en los años '60 con la llamada liberación

sexual, cuyo estallido implicaba un enfrentamiento -lo cual es siempre, en última instancia, del orden del enlace-, actualmente las pautas de las generaciones anteriores no interesan, ni siquiera como frente de oposición, y se genera una nueva asimetría, en este caso sincrónica, entre esas figuras mediáticas cuyo ascendiente forma opinión y quienes deben acceder a la identificación sexual estable. De ahí también la importancia de los *reality shows*, que constituyen un modo de ensayo virtual pero no ficcional -al menos en el imaginario colectivo- en cuya discusión se enfrascan los adolescentes y jóvenes barajando opciones y posibilidades, proyectando y asimilando modos de respuesta ante las tareas propuestas, las cuales siempre se definen por el modo de resolución de los conflictos intersubjetivos.

Respecto a aquello que atañe a la desconstrucción de significaciones y a la recomposición de valores -vale decir, a la asunción metabólica de enunciados que fueron aceptados o rechazados en la infancia por su proveniencia del adulto significativo- se presenta con mayor complejidad que en otras épocas, en razón de que la historia misma ha devastado significaciones operantes hasta hace pocos años, y las generaciones que tienen a su cargo el completamiento de la crianza de quienes vendrán a relevarlos en el proceso reproductivo y social se ven despojadas ya no de certezas sino de propuestas mínimas a ofrecer.

Esto es evidente, en primer plano, en lo que hace a la familia y a la elección de profesión. Las significaciones que estructuran representaciones del mundo en el cual se designan los fines de la acción se muestran hoy ineficaces para enfrentar, al menos, el futuro inmediato. La inestabilidad de la sociedad argentina, atravesada por acontecimientos históricos aún no metabolizados y cuyo movimiento no garantiza que se encuentre en tránsito hacia lugar-previsible alguno, no puede homogéneamente determinar el marco representacional en el cual se inserten las generaciones que atraviesan hoy este tránsito entre la infancia y la juventud. Los procesos de desidentificación de los adultos, obligados radicalmente a repositonarse cotidianamente para seguir garantizando su inserción en la cadena productiva -si no en el proceso social en su conjunto- constituyen tal vez uno de los obstáculos mayores para la elaboración de propuestas que no dejen a los adolescentes y jóvenes tempranos librados a la anomia.

He marcado en otras ocasiones la diferencia existente entre los procesos de autoconservación y de autopreservación que constitu-

yen dos ejes de la problemática de la subjetividad. Siendo el yo un residuo identificatorio que toma a su cargo y metafORIZA en un conjunto representacional la totalidad del organismo, su masa ideativa se ordena alrededor de dos ejes: aquella que tiene que ver con la conservación de la vida y realiza las tareas necesarias para ello, y la que se determina como preservación de la identidad, como conjunto de enunciados que articulan el ser del sujeto, y no sólo su existencia, apelando a una cierta fórmula filosófica expandida. En tiempos de estabilidad ambas coinciden, y se puede preservar la existencia sin por ello dejar de ser quien se es, vale decir sin dejar de sostener el conjunto de enunciados que permiten que uno se reconozca identificatoriamente: se puede ser solidario y tener trabajo, sobrevivir sin por ello destruir a nadie, ser generoso sin sucumbir a la miseria... Pero en épocas históricas particularmente desmantelantes, ambos ejes entran en contradicción, y la supervivencia biológica se contraponen a la vida psíquica, representacional, obligando a optar entre sobrevivir a costa de dejar de ser o seguir siendo quien se es a costa de la vida biológica. No es necesario un exceso de esfuerzo intelectual para encontrar ejemplos: las guerras, los campos de concentración, las situaciones de miseria extrema, todos ellos ponen de manifiesto que ambos sistemas pueden entrar en contradicción y dejar al sujeto inerte.

La crisis identitaria de la sociedad argentina pone hoy de manifiesto que esta contradicción acecha, al menos en sus bordes, al conjunto. La reducción de quienes se ven lanzados al mercado laboral a la inmediatez en la búsqueda de trabajo o a la conservación del mismo, atrapados en el sostenimiento de lo insatisfactorio y, paradójicamente, con temor a perderlo, ni los hermanos mayores ni los padres de los adolescentes se ven hoy provistos de herramientas para propiciar modelos que les den garantías futuras. La temporalidad ha quedado subsumida en esta inmediatez, y en ese marco el desmantelamiento de las propuestas identificatorias cobra una relevancia mayor.

El proceso de desidentificación se ve agravado por el hecho de que el país se ha convertido en un lugar transitorio para los jóvenes que aún piensan en un futuro posible, y en un espacio sin sentido para quienes tienen vedado incluso esa perspectiva. Pero tal vez el signo más notable del vacío representacional en el se ven sumergidos los adolescentes radique en que el discurso parental se ha ido deslizando, inevitablemente, hacia el plano autoconservativo: a lo auto-

conservativo inmediato cuando temen que anden por la calle porque les pueden robar o matar, o porque pueden matarse con una moto o un coche, o porque pueden quedar librados a situaciones impensadas de desprotección extrema. Y a lo autoconservativo mediato, cuando se les plantea que todo el sentido de su vida actual está regido por la necesidad de no caer de la cadena productiva en el futuro: que se diviertan lo que puedan, pero que al mismo tiempo se garanticen que sobrevivirán económicamente. Despojada el estudio de todo valor simbólico, es propuesto, en las representaciones dominantes de la sociedad, como medio de acceder a posibilidades de supervivencia. Y si el robo no es propiciado como una salida posible, ello no es sólo por los restos morales que la sociedad aún conserva, sino por la inviabilidad de un ejercicio exitoso del mismo sin acceso al poder económico o político.

[El aceleramiento en la pubertad de tareas vinculadas a la adolescencia, y en la adolescencia de propuestas que deberían ser patrimonio de los jóvenes, no es sino el efecto de la angustia que rige al conjunto, del temor a que los goces no alcanzados en el presente ya no tengan lugar en el futuro, y sería de un moralismo vaciado de contenido histórico acusar a nuestra sociedad de dejarse ganar por la falta de valores y el vacío con el cual algunos teóricos del Primer Mundo cualifican los fenómenos que observan, porque aquello que los determina en uno y otro caso responde a causas diversas y se rige por motivaciones de otro orden.]

¿Se puede realmente proponer, sin embargo, que estamos ante un proceso en el cual los adolescentes se ven sometidos, en virtud de las condiciones imperantes para los adultos a la ausencia de un universo identificatorio posible? No parece haber racionalidad que pueda realmente sostener un enunciado de este tipo. Las instituciones mediadoras de la identificación han variado, y de ellas depende la posibilidad de recomposición de procesos identificatorios que den garantía para parar la desintegración que amenaza a la sociedad argentina.

Es notable que, carentes de grandes propuestas compartidas, sigan operando sin embargo microgrupos que rearticulan modos de cohesión y de re-identificación para los adolescentes y jóvenes e incluso para los adultos. Pese a lo cual no se vislumbran aún grandes proyectos capaces de articular una reidentificación de conjunto de la sociedad, la cual sólo se identifica en el sufrimiento actual compartido.

Siendo milagroso que aún se conserven, luego de traumatismos reiterados¹ y desilusiones innumerables, rasgos de solidaridad y espíritu de recomposición que aún cuando no cuajen en grandes propuestas de esperanza conservan resquicios por los cuales los tres pilares de la identificación que constituyen las representaciones, los fines compartidos y los afectos ligadores todavía persistan. Es allí donde los restos de un país solidario que se define por la producción de bienes simbólicos sigue emergiendo en los intersticios; y en estos intersticios es donde se insertan las posibilidades identificatorias de los adolescentes. Desde los movimientos de rescate específico de su historia -en la cual *La Noche de los Lápices* ha ocupado un lugar definitivo como símbolo de una generación que trasciende- hasta la participación ya no como adolescentes que se permiten una moratoria sino fundidos en una masa que abarca varias generaciones en razón de que el trabajo o su carencia homogeneiza más allá de las particiones que la ley de educación obligatoria impone. Sin dejar de lado que las formas espontáneas de recomposición de la marginalidad en la cual las identificaciones recíprocas se proponen por la generación de códigos intra-estamento, que intentan liberar el robo concebido como trabajo de la tutela perversa de los adultos que hacen usufructo del mismo.

Y todo ello intentando producir, pese a todo, la recomposición de grandes espacios compartidos, recitales en los cuales las palabras de la música que escuchan suplantán al discurso político de antaño, no menos productoras de sentido que aquellas que agitaron a otras generaciones, aún cuando no puedan convertirse por ahora en propuesta transformadora limitándose así a la protesta identificatoria que les hace sentir, por un momento, que participan en un todo que los ensambla y los libera del riesgo desintegrador.

Los requisitos de una re-identificación humanizante tienen entonces algunas puntas desde las cuales sostenerse, y ello desde un proceso de identificación recíproca del conjunto, ya que no hay condiciones para proponer una perspectiva identificatoria a los adolescentes si no se recomponen las grandes líneas de la identidad que se ven fracturadas en este momento de la historia en los adultos mismos. Identidad que no puede articularse sino en el continuo de una recuperación histórica de los enunciados que más allá de sus fallas y derrotas, formaron a varias generaciones de cuyo capital simbólico aún se alimenta el país, y al cual no debemos renunciar sin una revisión

profunda que nos permita saber quiénes somos, sin una asimilación fácil de las aporías e *impasses* a las cuales fuimos conducidos, con las dosis de verdad con las cuales lo más lúcido del siglo XX se identificó.]

¹ El incendio producido en la discoteca República de Cromagnon la noche del 30 de diciembre de 2004, en el cual se produjo la trágica muerte de ciento noventa y dos jóvenes y niños, ha dado, a posteriori, una prueba más de estas líneas: se puso en evidencia en este hecho tanto la desprotección homicida a la cual están expuestos los adolescentes como su espíritu solidario y sus anhelos de justicia de manera ejemplar para el conjunto de la sociedad.

NUEVAS TECNOLOGÍAS,
¿NUEVOS MODOS DE LA SUBJETIVIDAD?*

Me introduzco en un aparato de realidad virtual. A través del casco veo que estoy suspendida en una plataforma en medio del espacio; delante mío una escalera que asciende. Comienzo a activar el botón superior de la pistola que permite que avance, las imágenes cambian, me desplazo a una velocidad inadecuada, atravieso una columna, luego, caigo al vacío. Mi estómago cae junto con la imagen; siento vértigo. Retrocedo, giro con todo mi cuerpo. A mi izquierda una escalera descendente, a la derecha, una columna. Un pájaro gigantesco viene a buscarme, intento dispararle con el botón que mi dedo índice aprieta. Lo hago en forma recta, es inadecuado, la trayectoria debe ser parabólica. Me empapo de sudor y siento palpitaciones. El pájaro me levanta y mi imagen -yo misma- se despedaza en medio del espacio. Reaparezco en la plataforma. Giro con todo mi cuerpo y empiezo a avanzar lentamente, intentando no llevarme las columnas por delante. Cuando me angustio dejo el dedo gatillando y avanzo rápidamente, caigo al vacío y vuelvo a girar tratando de retomar apoyatura en el piso de la plataforma espacial.

He perdido dimensión del tiempo, pero a los tres minutos, exactos, suena el final del juego. Un jovencito -remera, jeans, chicle, arito- me quita el casco y descubro que estoy empapada en sudor. Me dice: '¡Jodido, no?'. Yo, desde mi código, respondo: 'Lo toleraré bastante bien' -me refiero a mi angustia, palpitaciones, sensación de vacío, ¡sáquenme de aquí!-, me mira, condescendiente y agrega: 'Bueno, al pájaro no le dio'. Son dos códigos: para él la cuestión pasa por ganar el juego, darle al pájaro, aumentar el *score*.

* "Nuevas tecnologías, ¿nuevos modos de subjetividad?", Bleichmar, S., revista *Topía*, Nº 10, Buenos Aires, Abril/Julio de 1994.

54 F177

Cuando descendo, medio mareada, varios mirones están observando la situación. Son gente como yo -tal vez por la hora-: un hombre de barbita con sus libros de matemáticas bajo el brazo (posiblemente un físico, pienso), dos muchachos que prestan igual atención a la pantalla en la cual se ve el juego -desplazado de lo que yo veo por el visor- y al mecanismo de la máquina, una mujer de cierta edad con un portafolios en la mano (una profesora universitaria, o investigadora, supongo). Todos nos aproximamos con cierta curiosidad y respeto.

Dos días después, Agustín, de doce años, me espeta en su sesión de análisis: 'En los *slippers* hay un juego. Te subís y te ponen un casco, es como si estuvieras adentro de una plataforma'. Le pregunto -más curiosidad personal que indagación de lo inconciente-: '¿Lo probaste?' 'Sí -responde-, le di dos veces al pájaro' 'Y, ¿qué sentiste?' -arremeto- 'Nada, está rebueno...' Y vuelve a sus cosas: 'Silvia, cuando vos eras chica, ¿te pegaban tus hermanos?'

¿A qué mutaciones de la subjetividad nos someten las nuevas tecnologías? ¿Cuáles son sus alcances? ¿Hasta dónde se expresan ya, hoy, transformaciones en los niños y adolescentes de este fin de siglo que vivimos?

He escuchado a algunos nostálgicos, apocalípticos, preconizar el fin de los modos de subjetividad que conocemos. No lo hacen de modo descriptivo, curioso, exploratorio. Se lamentan amargamente del fin de una historia; nuestra historia. Atacan las computadoras, los videogames, las redes informáticas... Los argumentos son, a veces, lamentables: ¿cuánto tiempo pierden los niños jugando con el *family game*? Siento deseos de responder: ¿Cuánto tiempo perdió nuestra generación jugando a la lotería con la abuela, al balero, al estanciero -ese cartón en el cual acumulábamos tierras que nunca poseeríamos, en un mundo que se encaminaba aceleradamente hacia el reemplazo de la riqueza natural por la riqueza tecnológica?

Dejemos de lado los argumentos banales, y vayamos a las cuestiones centrales. ¿Cambian los modos de percepción de la realidad a partir de la transformación que los nuevos modos de organización de la información imponen?

En un texto lúcido y vertiginoso, Aníbal Ford se enfrenta a los conflictos y paradigmas de nuestra época: "Estamos ante una memoria de conflictos cognitivos y culturales que se plantearon durante los comienzos de nuestra modernidad. Pero no haciendo historia o ar-

queología. Los problemas de la oralidad, de la narración y de la comunicación no verbal (mediatizados o no por la electrónica) están, en sí y en sus conflictos y relaciones con la escritura y la argumentación, en el centro de los procesos de construcción de sentido de nuestra cultura. Y esto no es ajeno al modelo cognitivo que impulsó esa modernidad, hoy en crisis y deterioro".¹

Lo narrativo ocupa en esto un lugar central. "El hombre lucha para poder seguir narrando, y para recordar mediante narraciones, para no someterse a la escritura tal cual esta era o es manejada por el Estado moderno, para ejercitar y valorar su percepción..."²

Agustín me ha preguntado, en su sesión de análisis, si "en mis tiempos los hermanos también pegaban". Pasa de la realidad virtual a la búsqueda de la transmisión oral bajo los mismos modos que sus antepasados podrían haberlo hecho cuando de recuperar la historia ancestral se trataba. No soy una anciana de la tribu, me rehúso al deseo intenso de sentarme junto a él y ejercer la función chamánica. Reconpongo el sentido singular, histórico, inconciente, de su pregunta. Los enigmas siguen siendo los mismos: la fratria, el nacimiento, la muerte...

La tecnología no altera, hasta el momento, estas preocupaciones de base. El nuevo cine de ciencia-ficción aborda tales cuestiones: *Blade Runner*³ lo muestra de manera paradigmática: en un mundo en el cual los hombres han logrado construir humanoides imposibles de diferenciar a simple vista, éstos se rebelan porque no aceptan ni la discriminación ni el plazo fijado de cuatro años de vida. En los límites mismos de la tecnología, la vida y la muerte se plantean como los ejes que atraviesan aún la tecno-existencia. La memoria implantada, vivencial, humana, abre las posibilidades de todos los sentimientos -incluido el amor al semejante y el dolor concomitante. En *Terminator* la alteración de los tiempos juega con el enigma de los orígenes: ¿puede un hombre enviado al pasado salvar a su propia madre y, en el ejercicio de esa tarea, engendrar a su padre?

Es indudable que estamos ante producciones de nuestro tiempo que no dan cuenta del futuro real sino de los modos subjetivizados con los cuales aún aquellos que pueden pensar lo impensable lo imaginan. Pero expresan las preocupaciones y soluciones de nuestro tiempo, y en esto son representativas de la permanencia, en el interior de la tecnología, de las formas de concebir lo humano en el campo abierto del pensamiento actual.

Los niños y adolescentes de hoy sueñan con *Blade Runner* o *Terminator*, no los torna más sádicos o incestuosos ni menos creativos que una generación atravesada por *Hamlet* o *King Kong*-que alimentó los fantasmas masoquistas femeninos durante más de una generación.

Apelo nuevamente a Ford: "Que nuestra subjetividad se construye en medio de pluriculturalidades simultáneas no es un hecho que podamos negar... (Pero) Las diversas necesidades de anclaje o de focalización que siempre aparecieron en la cultura del hombre como estructura fundamental de la supervivencia, no pueden ser fácilmente borradas, aunque sí pensadas desde formas de construcción que ya no sean aquellas que nos propuso el imperio instrumental de la escritura".⁴

Una digresión necesaria: una de las características más brutales del mundo actual es una coexistencia de tiempos en la cual se yuxtaponen modos diversos de confrontación con la realidad. Cuando decimos niños y adolescentes de nuestro tiempo nos referimos a aquellos que comparten nuestro horizonte cultural. Sería absurdo pretender incluir en las cuestiones que estamos desplegando a los niños totziles de Chiapas o a adolescentes marginados de Nigeria. Y aún, sin ir tan lejos, ¿cuántos de los niños de nuestras estancias patagónicas pueden tener idea de que existe un aparato acoplable a la televisión -si es que la tienen, aún cuando la conozcan- en el cual instrumentar juegos de alta tecnología?

Nuestra temporalidad hegeliana, progresiva, encaminada hacia su máxima perfección, ha entrado en crisis hace ya demasiado tiempo y, pese a ello, espontáneamente, tendemos a considerar como paradigma histórico a lo "más avanzado", en el marco de un tiempo lineal que ha sido cuestionado tanto por la física como por las ciencias sociales. Pero sabemos de todos modos que no podemos escudarnos en esta a-cronía histórica como coartada para preguntarnos sobre la posibilidad de nuevos modos de emergencia de la subjetividad de los niños y adolescentes de "nuestro mundo" y "nuestro tiempo".

En un texto reciente, Alejandro Piscitelli afirma, desde una perspectiva weberiana, que la tecnología está por todos lados, que no hay nada fuera de la ciencia y la tecnología, así como no hay nada fuera de la sociedad. Las dos o tres grandes innovaciones de la ciencia que en este momento están dando vueltas: las telecomunicaciones -que incluyen la realidad virtual, el camino hacia la inteligencia artificial o las redes neuronales- y el proyecto de genoma humano -con la po-

sibilidad a largo plazo de una duplicación, clonación, de los seres humanos-, revolucionan nuestro pensamiento y plantean tareas inéditas⁵.

En nuestro mundo "contemporáneo" -contemporáneo a nosotros, debemos agregar-, esto es así. También es cierto a nivel de lo real: aún quienes no participan directamente de la ciencia y la tecnología actuales sufren sus efectos; grandes sectores de la humanidad, marginados de la tecnología de punta, padecen las consecuencias de su avance sin gozar sus beneficios (cuando estos grupos ejercen modos de enfrentamiento supuestamente caducos se les cuestiona su actualización, exigiéndoles que sean nuestros contemporáneos, aunque sea, en ese aspecto).

Pero existen los niños y adolescentes de fin de siglo. Aquellos que participan del modo de vida, preocupaciones y aspiraciones, adquisiciones tecnológicas y cambios de registro ideológico efecto de mutaciones sufridas a lo largo del siglo. A ellos nos enfrentamos diariamente en nuestros consultorios. He visto, en los últimos tiempos, los efectos de estos nuevos procesos en el campo de la clínica: por una parte he tenido ocasión de asistir a la emergencia de un delirio paranoico, del estilo más clásico de "robo de pensamiento", con atribución imaginaria a la computadora. Se trataba de un joven que, en su decir, sabía que se le habían metido en su computadora para robarle toda su producción hasta dejarla vacía, y luego comenzaban a penetrar en su cabeza con el mismo objeto. Los contenidos han cambiado -ya no hay restituciones bajo la forma de saberse Napoleón, como la vulgarización psiquiátrica nos lo hizo conocer hace años-, pero los determinantes del delirio eran del mismo carácter que aquellos que Víctor Tausk describiera en sus escritos cuando habló por primera vez en psicoanálisis de "la máquina de influencia". He tenido, también, oportunidad de recibir en mi consultorio a un niño efecto de una gestación de probeta, respecto del cual el padre declara: "Comparto la paternidad con el médico". Qué consecuencias tendrá esto para su futura identidad, para la constitución de su subjetividad, es algo que debemos explorar. Pero sabemos que lo real de su engendramiento no ingresará sino atravesado por el imaginario parental, y no se inscribirá sino en el engarce singular e histórico que propicien los enigmas que su propio nacimiento impone. Y, de modo idéntico pero diverso, como Edipo y todos los hombres -príncipes o plebeyos lo hicieran- deberá acceder a una teorización fantasmaticada que dará origen tanto a su inteligencia como a sus síntomas.

En tal sentido, cada nuevo cambio tecnológico será reprocesado en el interior de un aparato psíquico donde los tiempos anteriores coexisten porque están inscriptos los modos vivenciales de percepción de la realidad de las generaciones anteriores. Los enigmas no se constituyen, en la infancia, respecto a una supuesta realidad sustancial, sino a sus complejos entramados deseantes respecto al engendramiento. Ningún niño tiene curiosidad por saber cómo era el quirófano en el cual la madre alumbró; ningún niño erotiza el metal ni queda fijado a él porque sea el material que constituye la pinza de fórceps, porque sea el primer objeto extraño que tocó su cabeza fuera del vientre materno. Del mismo modo, el "niño de probeta" que tuvo ocasión de entrevistar no estaba preocupado por la constitución particular del vidrio, sino -en forma desplazada y sintómal- acerca del por qué su madre no había podido engendrarlo en su propio cuerpo, y por que su padre no tenía espermatozoides suficientemente potentes para darle origen de modo natural.

¿Ha cambiado la informática los modos de vínculo con la realidad? Hasta ahora, lo que percibimos en los niños y adolescentes atravesados por ella es que capturan de modo distinto, inmediato, las posibilidades de una imagen en la cual la narrativa clásica no tiene cabida. Componen las secuencias de imágenes de un modo diverso, pero la sincronía de la pantalla no opera cuando de percibirse a sí mismos en el mundo, como *gestalt* recortada y sufriente, cobra exigencia. Una generación de jóvenes que se aburre con *Columbo*⁶ y ve *videoclips* compone lo indiciario de modo diferente: se atiene menos al relato que a la imagen, articula secuencias y construye sentidos. Pero *construye sentidos*, y esto es algo que ninguna red neuronal puede variar en el ser humano. Aún cuando conectemos a un niño o a un joven a miles de canales simultáneos de información que le permitan acceder a una información insospechada hasta hace algunos años, lo esencial desde el punto de vista que nos ocupa, es que seguirá guiando su búsqueda por preocupaciones singulares que no son reductibles a la información obtenida, y que procesará ésta bajo los modos particulares que su subjetividad imponga.

Porque lo fundamental, mientras los seres humanos sigan naciendo de hombre y mujer, vale decir, sean producto del acoplamiento de dos deseos ajenos, es que sus enigmas versarán -aún cuando sea bajo nuevas formas-, sobre las mismas cuestiones. Y si la manipulación genética puede hacer que un niño nacido de padres negros sea

blanco, o tenga ojos azules, este niño deberá preguntarse por qué sus padres querían ojos azules, o piel blanca, y no cómo intervino el genetista para producir la transformación -aún cuando ésta pueda devenir una inquietud por desplazamiento-.

Es evidente que estoy definiendo las cosas desde una perspectiva que puede ser discutible a futuro. Hablo del hombre tal como ha sido dado hasta ahora, vale decir, como desprendimiento carnal y amoroso de otro ser humano. El sentido de su existencia no está previsto sino como contigüidad, enlace amoroso, pasión -en todo el sentido del término, aún el religioso. No me es dado hablar de productos con características corporales humanas destinadas a otro fin que no sea este absurdo a-funcional que es la existencia misma.

De esta cuestión deriva el surgimiento de la subjetividad tal como la conocemos. Tanto el residuo inconciente que de ella se estructura, como aquella que remite a la problemática del yo. Rota la ilusión de un sujeto unido y homogéneo, el yo, en tanto residuo identificatorio -vale decir de las recomposiciones metabólicas de las acciones y significaciones deseantes del otro-, opera como una suerte de fijación de la imagen virtual que garantiza la permanencia del sujeto en el interior de un campo que no es menos ilusorio que real. "La imagen virtual admite el punto de vista, pero no se da de una vez por todas como referencia estable y fiable... La imagen del cuerpo que la pantalla interactiva o el espejo virtual refleja no es la de un ser único [...]. Es la imagen de una red abierta, proteica, tentacular. El hombre pasa por ella atravesando bosques de símbolos que lo observan con miradas familiares (Charles Baudelaire). La única referencia duradera del yo ya no es su punto de vista que dejó de pertenecerle, sino su 'punto de estar', cita Aníbal Ford a Kerckhove, y agrega, polémicamente: "Que nuestra subjetividad se construye en medio de pluricausalidades simultáneas, tampoco es un hecho que podamos negar. Pero... las diversas necesidades de anclaje o de focalización que siempre aparecieron en la cultura del hombre como estructura fundamental de la supervivencia, no pueden ser fácilmente borradas, aunque sí pensadas desde formas de construcción que ya no sean aquellas que nos propuso el imperio instrumental de la escritura".

En tal sentido el sujeto, en sentido estricto, para el psicoanálisis, se ubica en la articulación que Ford señala en el campo de las nuevas cuestiones que abre la problemática de las nuevas tecnologías a nivel semiótico: Se trata de un "punto de estar", en términos de Kerckho-

ve, pero al mismo tiempo, este "punto de estar" debe cobrar permanencia como "punto de ser" para que el sujeto se sostenga.

El psicoanálisis ha sido tal vez un anticipador fenomenal de la constitución de un campo de realidad virtual. La estructura temporal, narrativa, se desarticula y recompone constantemente en una sesión de análisis, permitiendo la coexistencia de dos sistemas co-presentes: el preconciente y el inconciente, con legalidades distintas, modos de funcionamiento y contenidos diferentes, entre los cuales el sujeto pivotea para sostenerse articulando en sistemas de verosimilitud que remiten a una diacronía que se presentifica en simultaneidades de las cuales la narración sólo sostiene puntos de anclaje posibles.

Cuando Agustín me pregunta si "desde siempre los hermanos mayores pegaron a los menores", busca un anclaje en el marco de la plataforma que sostiene sus constelaciones edípicas, permitiéndose, en la realidad virtual que la sesión de análisis impone, caer al vacío para recuperarse en el movimiento entre columnas que su deambular por el espacio impone. Sabe que yo estoy ahí, lista para ajustar el casco, para establecer los puentes, para impedir que la imagen lo devore posibilitando una conjunción de narración y reactualización vivencial que permita una rearticulación de las significaciones establecidas.

Mi problema es ahora retranscribir las "capas de la cebolla" freudianas en "windows", permitiendo que su mano mueva el cursor pero garantizando, al mismo tiempo, que no se deslizará vertiginosamente hacia el sinsentido. El horror al vacío puede ser tolerado en la máquina de realidad virtual, pero el pájaro que lo levanta con el pico puede devenir, en cualquier momento, como para Leonardo, aquel que le meta su cola en la boca o que le picotee el hígado como a Prometeo.

La tarea no consiste, ni mucho menos, en ahogar la pulsión epistemofílica. Muy por el contrario, juntos entraremos en la pantalla para que la travesía pueda desplegarse por los nuevos y viejos enigmas que su condición de "infantil sujeto" le impone.

¹ Ford, Anibal, "Navegaciones", en *David y Goliat* (CLACSO), T. XX, N. 58, Buenos Aires, Octubre, 1981.

² *Ibidem*.

³ *Blade Runner*, film de Warner Bros., 1982. Dirigida por Ridley Scott, Guión: Hampton Fancher y David Webb Peoples, basado en la novela de Philip K. Dick.

⁴ *Op. Cit.*

⁵ Piscitelli, Alejandro, "Como será el futuro", entrevista en revista *La Maga*, Bs. As., 29 de diciembre de 1993.

⁶ *Columbo*, serie de televisión interpretada por Peter Falk, de 1971 a 1992.

54 F177